
EL RECURSO DEL MÉTODO
EN LA CONSTITUCIÓN DE LOS CAMPOS
DISCIPLINARES:
DE LA EVIDENCIA A LA INFERENCIA...

CARLOS A. ZAVARO PÉREZ

ABSTRACT. THE RESOURCE OF METHOD IN THE CONSTITUTION
OF DISCIPLINARY FIELDS: FROM EVIDENCE TO INFERENCE

P. Bourdieu's contributions to disciplinary fields constitute the theoretical framework to understand the operational processes within the production of knowledge. Anthropology—in particular Archeology—posits an interesting case as it has been influenced by evolutionary theory and several traditions from the social and natural sciences. Its context has been abundant in diverse philosophical ideas on humankind, from God's creature to a biological and cultural being, one that results from material evolution and assigned as subject and object to an epistemological dimension. The questions surrounding the development of this discipline are briefly reconstructed, starting with the methodologies that trace its logic and traditions. Also analyzed are those tensions emerging from the limits of material evidence in inferences concerning cultural patterns, where we assess the pros and cons of 'medium range theories' as a resource to interpret evidence.

KEY WORDS. Actualism, archeology, disciplinary field, culture, scientific enunciation, material evidence, ethnoarcheology, inference, methodology, middle-range theory.

INTRODUCCIÓN

La cosmogonía de diferentes culturas, profundamente arraigadas y consustanciadas con su entorno, tal como dan cuenta los relatos y mitos transmitidos de generación en generación (Frazer, 1981), ha situado al hombre en un lugar protagónico con relación directa a las deidades, las plantas y los animales que les rodean. Es a partir de ellas que se construyen representaciones (Zavaro, 2018) y que, en su interpretación, tal como sugiere Millán (2015), se "teoriza" y se realizan generalizaciones antropológicas. El

Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. / Cátedra Evolución, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Belgrano, Argentina. / czavaro@fcnym.unlp.edu.ar

antropocentrismo en la mitología pareciera ser una constante que no escapa a las grandes civilizaciones y que se refleja en las escrituras sagradas. El libro del Génesis, entre otros textos, le concede al hombre un lugar de privilegio como “creatura de Dios” que es hecha a su imagen y semejanza. Esta supremacía lo distingue del resto de los seres vivos, sobre quienes ejerce su dominio (Malinowski & Pérez Ramos, 1985) por mandato divino. Esa centralidad ha prevalecido en el pensamiento judeocristiano, eurocéntrico y occidental, configurando esquemas de comportamiento y modos de comprensión del mundo que perduran en la actualidad.

El pensamiento filosófico de la antigua Grecia, que tanto ha influido en la ontogenia de muchas disciplinas de la ciencia moderna, también se ocupa tempranamente del hombre como problema de conocimiento (Sañavedra, 2007: 218), situándolo en el centro del debate humanístico. Así lo sugiere la máxima de Protágoras de que “es [el hombre] la medida de todas las cosas”, permitiéndose incluso, desde una perspectiva más profana, naturalizar la figura de semidioses que descienden de los mismísimos dioses como fruto del amor entre éstos y los seres humanos.

La visión creacionista comienza a ser cuestionada en la academia a partir de la obra de Charles Darwin, en particular cuando, en 1871, publica *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*, que ocasiona una verdadera conmoción en el sistema de valores imperantes en la época y cosecha el rechazo tanto de la Iglesia, como de una parte de la sociedad influenciada por la famosa caricatura de hombre-mono aparecida en el diario *The Hornet*, que apela a una falacia *ad hominem* y que contribuyó a ridiculizar la idea de un origen común con los primates.

Ahora bien, ¿es realmente importante la obra de Darwin para el desarrollo de la antropología como disciplina que estudia al hombre y en particular de la arqueología como ciencia? El darwinismo indubitablemente influyó en la disciplina y en sus principales exponentes, incluso cuando la obra de Darwin aparece años más tarde que los primeros aportes sobre la comprensión del hombre y de sus orígenes, al incorporar a su *corpus* teórico una noción de cambio, progresivo y direccional, que traccionó un modo de comprender la evolución humana asociado al desarrollo de la “tecnología”. Incluso se instaló como criterio para convalidar las ideas que años antes había esbozado Christian Thomsen sobre la edad de piedra, la de bronce y la de hierro, una visión lineal y secuencial del desarrollo que finalmente conducía a modelos de sociedades cada vez más complejas ¹.

Estas ideas, retomadas pocos años después de la publicación de la obra de Darwin por Gabriel de Mortillet (1883) contribuyeron a establecer una suerte de taxonomía cronológica de la prehistoria durante el Paleolítico, ordenada en catorce épocas delimitadas con base en marcadores culturales (Polo, 2010) y que ya entrado el siglo XX terminó convergiendo en una suerte de paradigma que sostenía que los seres humanos “bárbaros y

salvajes”, iban “perfeccionándose” a través del tiempo en un camino hacia la “civilización” que encarnaba la sociedad victoriana, en ese entonces, entendida como el estadio más evolucionado. El enfoque es convalidado por la evidencia que aporta Lewis Morgan en su taxonomía² de referencia sobre las diferentes culturas (Morgan, 1946), en atención al dominio de la tecnología, la cerámica y la escritura.

Si bien la antropología ha devenido en diversos modos de entender al hombre con relación al contexto y a su historia, que ha configurado programas de investigación que fueron diversificándose en especialidades que abarcan la antropología biológica, la antropología sociocultural (que incluye a la etnografía y la lingüística) y la arqueología, muchos de los límites entre estos campos han sido difusos. Las particularidades que los distinguen han ido configurándose con relación al objeto de estudio y a la diversidad de metodologías desplegadas como herramientas para la aproximación al conocimiento de ese “objeto” —que es también sujeto de conocimiento— y que en algunas de estas disciplinas, como la arqueología, ha recorrido un proceso de apropiación y de quiebre con sus propias tradiciones que ha puesto de manifiesto la existencia de diversas escuelas de pensamiento (Politis, 2003).

En tanto que la práctica disciplinar ha estado atravesada por una multiplicidad de enfoques y de propuestas como rasgo constituyente del campo, en esta reflexión intentaré indagar, desde una perspectiva histórica, algunos aportes metodológicos de la disciplina con relación a los vínculos existentes entre la evidencia material y la inferencia. Haré énfasis crítico en las llamadas “teorías de rango medio” como contribución a un modo de concebir la práctica que no ha sido ajeno ni a las coyunturas académicas, ni a los procesos histórico-sociales que impregnaron la constitución del campo con relación a su objeto de conocimiento.

EN TORNO A LOS LÍMITES

P. Bourdieu (1976) sostiene que la configuración de un campo académico es resultado de un proceso impregnado de tensiones epistemológicas y sociales en torno a relaciones de poder que, a su vez, persiguen la acumulación de un tipo de capital simbólico que en última instancia define los modos de relación entre los sujetos que conforman el campo. Estas tensiones, por otra parte, no excluyen las disputas propias de campos limítrofes o de aquel campo del que el nuevo campo se escinde.

Durante estos procesos de naturaleza instituyente, se incorporan y resignifican tradiciones que funcionan como un sistema de disposiciones y de estructuras estructuradas, que por ser capaces de operar como estructuras estructurantes (Bourdieu, 1997), terminan por promover prácticas distintas a las que las generan y, a la vez, distintivas en el modo en que se

objetivan. Bajo este supuesto, la arqueología ha transitado por un proceso durante el cual ha ido incorporando y legitimando lógicas y métodos de estudio de las ciencias naturales y de las sociales como síntesis de un modo de aproximación al conocimiento del hombre del pasado como objeto de estudio, bajo una perspectiva que es signada por la dualidad inmanente a su identidad como ser biológico y cultural, una dualidad ya contenida en la caricatura publicada por el viejo diario londinense.

El problema de estudio y el método que media en su análisis, probablemente se hayan constituido en el eje que le impregnó cohesión a este proceso. En este sentido, el problema de estudio ha sido nodal en la delimitación del campo al representar una ruptura con el paradigma creacionista dominante en la Europa predarwinista. El impacto de las ideas uniformitaristas de Charles Lyell en la obra de Darwin (Ribeiro, 2019) permitieron delinear un marco teórico a la presunción de que las famosas “*pedras del rayo*”, lejos de ser el producto de un fenómeno natural³ podrían ser resultado de la transformación de las rocas en una herramienta elaborada por el hombre de manera intencional. Esta consideración es relevante porque la evidencia sitúa entonces al hombre en un tiempo geológico mucho más antiguo que el reconocido por el obispo Ussher sobre la base del cálculo de las genealogías⁴ que aparecen en el libro del Génesis y que fueron tomadas como evidencia de la edad de la tierra y de la antigüedad del ser humano con referencia al relato de la Creación.

Reconocer la existencia de un hombre primitivo y salvaje en contacto con la naturaleza hostil —y hostil en su naturaleza— también habilitó, en el marco de la ortogénesis, un modo de concebir la evolución humana de manera gradual y progresiva con una tendencia definida e inexorable hacia la complejidad, tanto en el uso de la tecnología —desde la piedra hasta la industria fabril— como en sus apreciaciones simbólicas y en sus relaciones culturales. Esta visión contribuyó a conformar una racionalidad que ubicaba al hombre caucásico en el cenit de la evolución humana y al estatus de la sociedad victoriana como la cúspide del desarrollo y por lo tanto en un modelo a seguir. Una perspectiva que, según Scheinsohn (2001), contribuyó a justificar y naturalizar la desigualdad racial desde la propia ciencia y que convalidó la existencia de colonias en gran parte del mundo bajo la excusa de llevar la civilización a la barbarie de ultramar. Ello impuso un modelo extractivista que subsidió el desarrollo del capitalismo europeo, transformando a las colonias y a la diversidad biológica y cultural encontrada en ellas, no sólo en el objeto de estudio de las diferentes disciplinas en auge, sino en una fuente de financiamiento que fue central en el incipiente proceso de laicización y de profesionalización de la ciencia que describe Kreimer & Thomas (2000).

De esta manera, los restos humanos y de artefactos encontrados en sitios arqueológicos de diversas partes del mundo y las culturas y escena-

rios que éstas conforman, fueron uno de los detonadores del proceso de configuración que fue modulando el campo de la antropología primero y de la arqueología en particular. Si bien este objeto de estudio ha sido fundamental como criterio de demarcación respecto de otros campos afines, delimitado con definiciones y hasta con un lenguaje propio, ha sido el método como recurso de aproximación a la evidencia el que posibilitó su desarrollo.

EL PROBLEMA DEL MÉTODO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

El énfasis en el método de estudio no es casual, pues la problemática de la inferencia en la búsqueda de respuestas supone una necesidad de desarrollar modos de aproximación a la realidad que dé sentido a la evidencia. Ello ha formado parte de la propuesta metodológica del inductivismo sofisticado, que si bien reconoce un contexto de descubrimiento (Barcena, 2002) requiere de nexos con el contexto de justificación.

Encontrar en un sitio arqueológico vasijas, restos de huesos animales, restos vegetales o fragmentos de piedras modificadas como lanzas, son hallazgos que presuponen tanto actividad humana como un modo particular en que los humanos se han relacionado con los recursos disponibles en su entorno. Definir el tipo de piedra, sus atributos y la manera en que ha sido tallada, ponen en evidencia una forma de abordar el conocimiento de tipo descriptivo, el que requiere de una nomenclatura y de un lenguaje en particular que se ha ido elaborando con la práctica disciplinar. El trabajo de Civalero (2004) es elocuente respecto a técnicas, terminologías y modos de interpretar la evidencia lítica que se ha multiplicado en miles de trabajos, así como pone de manifiesto algunas limitaciones disciplinares en torno al tipo de enunciados que pueden ser formulados a partir de esas singularidades.

La acumulación de evidencia sobre artefactos con rasgos similares que aparecen de manera reiterada en el registro, ha permitido a los arqueólogos trascender las singularidades accidentales de lo fáctico y aventurarse en la búsqueda de regularidades que permitan formular enunciados secundarios o más generales, de los que puedan desprenderse interpretaciones acerca de la existencia de sistemas culturales. Álvarez Vidaurre (2007), al referirse a las premisas que sustentan algunas corrientes empiristas, sugiere que, en términos explicativos, el registro material refleja el comportamiento de los hombres en el pasado. Esta afirmación sugiere entonces relaciones que exceden a los objetos y que resultan significativas en el plano relacional. De ese modo, no sería suficiente el hallazgo de artefactos en sí mismos, sino la comprensión de su relación con el resto de los objetos circundantes y de éstos con el entorno, lo que permitiría elaborar argumentaciones capaces de explicar esa evidencia.

De esta forma, vasijas similares encontradas en sitios arqueológicos cercanos entre sí y provistas de dibujos o rasgos estilísticos semejantes, han sugerido la tesis de la existencia de prácticas culturales comunes y de modos parecidos de interpretar la realidad y de relacionarse con el entorno. Estos estudios han abarcado una gran diversidad de enfoques que incluyen tanto una perspectiva evolutiva (García Rivero, 2012), basada en la lógica de la linealidad respecto de esos artefactos con atención a su complejidad, como de una lógica de interpretación que reconoce contextos específicos y fragmentados capaces de concentrar procesos culturales que pueden ser localizados y acotados a un sitio de referencia. Además, pueden difundir desde ese epicentro hacia la periferia, modificándose dinámicamente en su interacción con las comunidades que se asientan en los sitios adyacentes, lo que constituye una perspectiva difusionista (De la Canal, 2018) que encuentra en las migraciones un mecanismo transmisor de la cultura (Schiffer, 1988) en grupos con conductas expansionistas.

Una arqueología histórico-cultural se gesta en este periodo de la mano de investigadores como Gordon Willey y Philip Phillips, cuyos aportes prefiguran nuevas preguntas y modos de abordaje en la disciplina (Salazar, 2008; Pereira, 2014) que, a su vez, desencadenan otros modos de relación dentro del campo capaces de convivir con enfoques de corte neoevolucionistas sostenidos por autores como Leslie White y Julián Steward (Pereira, 2014). Estos autores planteaban, en la década de los sesenta, que la dualidad del hombre —como ser biológico y cultural— propiciaba procesos adaptativos atravesados por las particularidades del ambiente en que vivían, de modo tal que en ambientes similares podría esperarse la existencia de culturas semejantes o modos de apropiación de los recursos y desarrollos tecnológicos paralelos. Bajo el supuesto de una cultura adaptacionista (Scheinsohn, 2011), la tecnología es entendida como un hecho cultural que responde a las condiciones ambientales, aunque Dunnell (1980) sostiene que esta visión es incongruente y contradictoria porque encierra el planteo erróneo de que la evolución cultural constituiría un proceso diferente al de la evolución biológica.

Durante este periodo, la arqueología se consolida como una disciplina pujante y la multiplicidad de enfoques bajo el impacto del positivismo promueve la búsqueda y aplicación de tecnologías que respondiesen a preguntas que permitieran trascender la narrativa de las culturas materiales, incorporando metodologías de tipo analítico, cuyo rigor aportara garantías respecto de las instancias de verificación y de la enunciación de patrones como respuesta a esas regularidades.

Bonomo, et al. (2010), analiza algunos de los métodos disponibles para abordar el estudio de la cultura material como evidencia de civilizaciones extintas. Algunos trabajos dan cuenta de distintas líneas de investigación, como los estudios líticos (Civalero, 2004), tafonómicos (Lyman, 1994; Pérez

et al., 2008; Martínez López, et al., 2009; Borrazo, 2011; Cartajena, et al., 2011), zooarqueológicos (Morales Múñiz, 1988; Mengoni, 1999, 2009; Prates et al., 2010; Yacobaccio, et al., 2010; Marchionni, et al., 2020) o arqueobotánicos (Hoyas, 1990; Iriarte & Zapata, 2004; Giovannetti et al., 2008; Caruso, et al., 2011; Colobig et al., 2017; Belmar, et al., 2020) que dan cuenta de una enorme diversidad de aportes y metodologías. En este sentido, autores como Renfrew & Bahn (1993), detallan diversas técnicas de trabajo, resaltando las limitaciones y bondades que representan su aplicación en la resolución de problemas, aunque —nobleza obliga— también destacan que esta metodología en sí misma no es suficiente para obtener respuestas a la pregunta: “¿por qué es posible que...?”

En términos epistemológicos, explicar implica dar razones sobre causas, procesos y/o nexos implícitos en la evidencia, aunque ya quedó claro que esa “evidencia” en sí misma no es suficiente para lograr este objetivo, lo que garantiza el acceso sólo al plano de las generalizaciones o cuanto mucho a la formulación de nuevas interrogantes. Explicar es más que enunciar o describir patrones o tendencias (Hodder, 1994) y, muchas veces, la complejidad del objeto de estudio supone en términos explicativos evaluar *a priori* narrativas posibles como hipótesis que permitan recurrir posteriormente a la empiria como mecanismo para su comprobación.

Al respecto, Pöpper (1963: 265-272) sugería que un científico debía tener la suficiente creatividad para proponer explicaciones alternativas como respuesta a las preguntas de investigación. No es la inducción la que lleva a la explicación. Por el contrario, bajo el contexto de justificación, las diferentes posibilidades a evaluar (hipótesis) y los marcos de referencia son los que encuadran y orientan el trabajo. Analizar diferentes enunciados alternativos para abordar un problema no es otra cosa que formular hipótesis posibles, aunque esta formulación requiera más que una buena dosis de creatividad. Explicar los significantes que subyacen detrás de pinturas rupestres (Hodgson, 2019) o las razones que justifican un tipo de ornamentación en vasijas (Zaburlín, 2016; Farto, 2019) y los nexos que puedan existir entre éstas y ciertos ritos en una cultura determinada, e incluso determinar las posibles causas de su ubicación relativa en un sitio arqueológico y hasta el sentido político de los caminos que los atraviesan (Moralejo, 2018), requiere de herramientas que permitan corroborar, a partir de la evidencia empírica, la posible articulación entre las hipótesis y la realidad.

No hay dudas de que la metodología es relevante, en especial aquellas técnicas que permiten establecer con rigor la composición material de un utensilio. Los modos de cocción de la arcilla en una vasija, la naturaleza química de los pigmentos utilizados en su ornamentación, los significantes asociados al sistema de signos que forman parte de la cultura a la que es asociada, las fechas precisas o con un alto rango de certeza que puedan ser establecidas por datación de C_{14} e incluso los restos orgánicos que den

cuenta de sus usos y que puedan ser contrastados con el aporte de otros restos que forman parte de la evidencia contextual encontrada, son resultados que pueden ser obtenidos con el empleo de métodos concretos, explícitamente detallados y rigurosamente instrumentados con el aporte de una tecnología adecuada. Si bien estos datos constituyen un avance notable en la aproximación a la información relevante, sólo pueden ser entendidos en un nivel más general cuando son interpretados como nexos con las hipótesis previamente enunciadas. Este enfoque hipotético-deductivo, que sólo es factible bajo un contexto de justificación, es únicamente legítimo a partir de un marco teórico particular que lo delimita y acota en sentido epistémico.

De esta manera, un mismo escenario arqueológico, rigurosamente relevado, puede ofrecer toda una gama de hipótesis posibles que probablemente serán diferentes entre sí, en tanto sean formuladas desde marcos teóricos distintos y que seguramente serán interpretadas y legitimadas de distinta manera según la escuela desde la que se enuncien. Probablemente, bajo un marco procesualista la evidencia que aporta un sitio con restos de puntas de lanzas, fragmentos de cerámica y restos óseos de la fauna que habita en la zona, podría interpretarse como una comunidad conformada por grupos de cazadores-recolectores seminómadas o con asentamientos temporales en el área, con énfasis en las particularidades del “nicho ecológico” y en las circunstancias geográficas que condicionan estos procesos con relación al entorno (Lull & Micó, 1998). Si se encontrara, no lejos de ahí, evidencia de enterramientos o prácticas funerarias, quizás podría pensarse en comunidades más estables e instaladas en un ambiente con cierta abundancia de recursos disponibles o con incipientes prácticas de domesticación que les permitiría una posible división del trabajo y un mayor arraigo al lugar, aunque sin énfasis en referencias de tipo cronológico-espaciales. Ello resultaría de interés a la arqueología histórico cultural (Montón & Abejez, 2015) con las múltiples facetas que este último enfoque implica, en particular, al incorporar la mirada de la geografía cultural con relación a la definición de identidades culturales (de la Canal, 2018) presumiblemente simbióticas con el entorno.

Bajo un enfoque marxista, en cambio, probablemente las preguntas posibles estarían orientadas a entender cómo los modos diferenciales de apropiación de los recursos pueden justificar ciertos rasgos culturales capaces de poner en evidencia relaciones de propiedad desiguales que generan todo un sistema de jerarquías sociopolíticas, tensiones entre clases y relaciones de poder (Gonzalo, 1992), lo que daría cuenta de un tipo de sociedad más compleja. En tanto, un enfoque clásico de tipo histórico-cultural enfatizaría en una caracterización de estas culturas en atención a los rasgos taxonómicos de los hallazgos, incluyéndolas en un sistema predefinido o, por el contrario, se abocaría a la descripción de una nueva

clase en caso de no encontrarse rasgos que permitan establecer analogías que sustenten su inclusión en una categoría preestablecida.

Estas inferencias supeditadas al marco teórico y, por lo tanto, sesgadas por él, aún cuando pudieron contribuir a diversificar los enfoques dentro del campo de la arqueología, también cosecharon críticas endógenas. El método respecto del problema de estudio de la disciplina con relación a las particularidades del entorno en que son “encontradas” las evidencias materiales, condicionan sin dudas el trabajo de investigación y han configurado el eje de un debate que ha sido crucial en la segunda mitad del siglo pasado.

El intento de los arqueólogos por llegar a enunciados generales y a explicaciones ha sido infructuoso —al menos polémico— aun si incorporamos el empirismo lógico de Carl Hempell (1935) o las ideas falsacionistas del racionalismo crítico pöpperiano (Pöpper, 1963) que marcaron el modo de producir conocimientos en las ciencias naturales en la segunda mitad del siglo XIX, a tal punto que algunas tendencias abogan por retornar a una arqueología histórico-descriptiva. En un extremo opuesto, más ecléctico y hasta optimista, Binford en la década de los sesenta, propone un enfoque diferente que fue considerado como un punto de inflexión en la disciplina y que marcó el surgimiento de la llamada “nueva arqueología”.

EL RECURSO DEL MÉTODO

La propuesta de ruptura con las tradiciones metodológicas, formulada por Lewis Binford en 1962 en un artículo titulado “Archaeology as Anthropology”, aborda algunos de los problemas de estudio de la arqueología en medio de un debate que intentó superar las limitaciones de la arqueología material. Retoma ahí algunas premisas de los enfoques procesuales e incorpora las técnicas provenientes de otras disciplinas que permitieron establecer nexos entre las evidencias concretas (hallazgos) y ciertas inferencias en el plano interpretativo y explicativo.

A pesar de los imaginarios en torno a la nueva arqueología, el propio Binford no parece haber sido un empirista empecinado. Si bien su propuesta hace énfasis en la metodología, no se enfoca únicamente en concebir a la práctica como criterio de verdad, tal como había sido entendida —y naturalizada— tanto por el positivismo como por el materialismo dialéctico que sostiene la existencia de una realidad ontológica independiente del conocimiento que se tenga de ella y a la que es posible acceder desde la práctica. De este modo, el mérito de Binford probablemente radique en la sutileza de lograr una adecuada articulación entre empiria, contexto y decisiones de tipo teóricas en torno a la interpretación capaz de apostar a una combinatoria particular resultante de la confluencia de las tradiciones provenientes, tanto de las ciencias naturales como de las sociales en la lec-

tura de los problemas de estudio de la arqueología, desde una perspectiva actualística.

En esta combinatoria posible, la diversidad de técnicas disponibles fue progresivamente adquiriendo una relevancia notable, a tal punto que ha sido el método quien ha mediado el derrotero de los diversos programas de investigación en la disciplina. La perspectiva introducida respecto del contexto aporta, además, una mirada casi escenográfica que opera como puente entre el registro y la inferencia, aun cuando la mayor de las contribuciones que la distinguen de las otras corrientes interpretativas radica en recurrir al presente como posibilidad para recrear procesos que pudieran servir de marco referencial en el intento de explicar, por analogía, hechos acontecidos en el pasado.

La obtención de información relevante por medio de los relatos de naturalistas en sus incursiones por diversas regiones del mundo o por medio de daguerrotipos (Naranjo, 1998) e ilustraciones históricas realizadas en comunidades indígenas como aporte de la antropología visual (Flores, 2007) y, en especial, la observación de prácticas culturales en comunidades originarias, conformaron parte de una caja de herramientas —sobre todo de un modo de abordar la práctica— que permitieron delinear algunos de los axiomas inscritos y legitimados como propuesta metodológica de la nueva arqueología. Tan es así, que el propio Binford sostiene que “los nexos entre lo que encontramos y las condiciones que dieron lugar a su producción sólo pueden estudiarse a partir del estudio de los pueblos actuales” (1988: 28) y en la misma sintonía propone, años antes, que “la explicación de las semejanzas y diferencias entre complejos arqueológicos debe ser expresada en función de nuestros conocimientos actuales acerca de las características estructurales y funcionales de los sistemas culturales” (Binford, 1962: 218),

Bajo estos supuestos, sería posible, entonces, combinar la evidencia de las culturas materiales representadas por los artefactos que aparecen en un sitio arqueológico y que dan cuenta de una complejidad estructural diferencial en la sociedad que se estudia, con aquellas tradiciones culturales que son posibles de rastrear en las comunidades originarias actuales, con el empleo de herramientas desarrolladas por la etnografía. Algunas tendencias en el uso de la etnoarqueología son analizadas por Politis (2015), donde el enfoque actualístico permitiría articular una explicación que permita entender el pasado a través del estudio de las prácticas presentes, lo que permitiría utilizar la experiencia de culturas tribales contemporáneas como criterio de verificación de las hipótesis formuladas con relación a las prácticas de grupos ya desaparecidos. Ellas deberán ser interpretadas sobre la base de sistemas culturales más generales, observables y susceptibles de contrastación, que custodian algunas de esas tradiciones, aunque Vila et. al. (2006) sostienen al respecto que esto implica establecer catego-

rías que operen como equivalencias entre la etnografía y la arqueología, y utilizarlas de manera acrítica.

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Las ideas introducidas por Binford (1977, 1988) constituyen un aporte trascendental a la disciplina, tanto desde el punto de vista epistemológico como metodológico en sentido estricto, a modo de puente entre el pasado y el presente y, aun así, este enfoque no fue una novedad de la arqueología sino una búsqueda en las contribuciones de otras disciplinas. Años antes, Robert Merton, sociólogo norteamericano y uno de los fundadores de la sociología de la ciencia, se interesó en abordar las relaciones y conflictos que se establecen entre sujetos respecto del contexto sociocultural en que se objetiva la producción de conocimientos científicos. En ese análisis se involucró una crítica acerca de las condiciones que marcaron el desarrollo de la ciencia y la tecnología que, a pesar de anclarse en la coyuntura de la Inglaterra industrial del siglo XVII, ha perdurado hasta el presente y sentó bases interpretativas en muy diversos campos disciplinares.

La propuesta de Merton (1968) aparece en una coyuntura donde las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX se debaten entre la ambigüedad de incorporar el monismo positivista, característico de la hegemonía que ha ejercido la física en la imposición de un método de estudio para las ciencias naturales, y la necesidad de incorporar y desarrollar un método propio de tipo hermenéutico (Carbonelli, 2011) que permita ajustar las formas de indagación a las particularidades de los problemas sociales, bajo la premisa de que muchos objetos de estudio constituyen, a su vez, sujetos de conocimiento.

De esta forma, Merton (1968), en su crítica a los problemas relacionados con el abordaje de las ciencias sociales en torno a la investigación, reconoce que:

...como muchas palabras excesivamente usadas, la palabra "teoría" amenaza quedar vacía de contenido. La diversidad de cosas a las que se aplica, desde pequeñas hipótesis de trabajo, pasando por especulaciones generales vagas y desordenadas hasta los sistemas axiomáticos del pensamiento, han contribuido con frecuencia a oscurecer su entendimiento en vez de aclararlo (1968: 39).

En ese tenor, propone un esquema de aproximación entre los problemas teóricos y los empíricos, a los que denomina "teoría de alcance [rango] medio" del que reconoce raíces en los "principios intermedios" de Platón y en los "axiomas intermedios" de Francis Bacon. A su esquema lo define como "una teoría intermedia a las teorías generales de los sistemas sociales, que están demasiado lejanas de los tipos particulares de conducta, de organización y de cambio social como para tomarlas en cuenta [así como]

de lo que se observa y de las descripciones ordenadamente detalladas de particularidades que no están nada generalizadas” (Merton, 1968).

La principal función de una teoría intermedia radica entonces en reducir el alcance del conjunto de proposiciones que puedan ser relacionadas entre sí a un nivel que permita ser evaluado empíricamente, aunque a una escala que garantice trascender la evidencia puntual, que en su aproximación facilite la concatenación de supuestos intermedios de los que puedan derivarse generalizaciones de tipo universal. Así, Lorenzano y de Abreu (2010) consideran la propuesta mertoniana como un conjunto limitado de supuestos de los que derivan, de manera lógica, hipótesis específicas confirmadas por la investigación empírica. Éstas, a su vez, son capaces de articularse en un sistema de redes complejas de cierto nivel de abstracción que sea capaz de garantizar el abordaje de problemas que trasciendan, tanto a la evidencia material como a los enfoques descriptivos y las generalizaciones. Este enfoque permite desdoblarse el universo de análisis en problemáticas de tipo microsociológicos y macrosociológicos.

La aplicación de la perspectiva de Merton a la arqueología impulsada por Binford derivó en la propuesta entusiasta y prometedora de una metodología capaz de trazar nuevos caminos para la inferencia. Ello supuso que el conocimiento de las tradiciones culturales de diferentes grupos étnicos —y hasta del comportamiento de ciertos animales en la naturaleza— podría permitirnos aproximarnos a la lectura —por analogía— de situaciones y contextos pasados que son insinuados por los “patrones de firma” resultantes de la evidencia material de una cultura extinta capaz de expresarse de modo epigénico en vasijas, ornamentos, herramientas, etc. Éstos puede recuperarse a través de un riguroso protocolo de excavación donde los estratos y las posiciones relativas de los objetos son preservados y cuidados como insumos para acceder a una suerte de hermenéutica subyacente que sólo puede decodificarse a partir de aquello que estos objetos insinúan. Es así como la “lectura” adecuada de la llamada cultura material permitiría acceder a la cultura simbólica, lo que supone una mirada uniformista en la lectura de las relaciones históricas.

La distinción de Binford sobre las teorías de “rango medio” respecto de una teoría universal queda clara cuando sostiene que la segunda implica la existencia de argumentos destinados a explicar por qué razones el pasado era como parece haber sido, en tanto que la mayoría de las proposiciones teóricas, resultantes del estudio de las sociedades contemporáneas, implican especulaciones sobre secuencias de acontecimientos que han caracterizado la transformación de un sistema en otro y que parecieran abordables y acotados de acuerdo con la evidencia.

A MODO DE CRÍTICA...

Raab & Goodyear (1984) argumentan a favor de las teorías de rango medio y ponen énfasis en la posibilidad de acortar la brecha existente entre los productos empíricos de la investigación y las estructuras teóricas, en una suerte de nexo basado en la definición de preguntas concretas y menos ambiciosas que sean capaces de vincular ambos dominios. Schiffer (1976, 1987) encuentra en estas teorías una suerte de jerarquía explicativa que engloba enunciados de diverso rango de generalización y que operan como dispositivos capaces de traducir la evidencia estática que se explicita en la reconstrucción de un sitio arqueológico en la reconstrucción de la dinámica que subyace en aquellos artefactos que la insinúan. Bajo este marco conceptual, Binford, en su esfuerzo por encontrar un “método” que diferencie la nueva arqueología de otras corrientes dentro de un mismo campo de estudio, opta por elaborar explicaciones que sean el resultado de la observación “rigurosa” de contextos contemporáneos particulares extendidos a contextos pretéritos, a pesar de que esta práctica incurre en algunos problemas de tipo epistemológico.

Uno de estos problemas radica en su obsesión por encontrar modelos comportamentales basados en métodos etnográficos (datos, testimonios, apreciaciones) que no pueden superar ni la singularidad de lo observable, ni el nivel de lo descriptivo, lo que coloca al “hecho etnográfico” (Gómez Pellón, 2012), como unidad de análisis, en la categoría de hecho social. Otra de las problemáticas que representa la aplicación de estas teorías en la arqueología es la de incurrir a menudo en tautologías derivadas de la interpretación de enunciados de rangos diferentes, los que suelen alternarse de manera ambigua y sin que queden especificados los niveles a los que operan. De ese modo, una misma evidencia puede ser interpretada sobre supuestos que son derivados de observaciones y que sólo cobran sentido cuando atienden a esos mismos descriptores cuando son definidos —*a priori*— por la evidencia. No siempre la ubicación de un artefacto o su presencia en un sitio puntual responde a supuestos generales y esto conduce a un tipo de razonamiento, como mínimo, falaz que sugiere relaciones que son dadas por ciertas cuando no lo son y que, a su vez, podrían encubrir otras que quedan sin develar.

Otro de los problemas en la aplicación del nivel de rango medio a la arqueología es el de promover una fragmentación de supuestos sobre los que pueda diseñarse una metodología que permita interpretar la evidencia más allá de la descripción, pero acotándola a hipótesis de menor alcance. Bajo esta suerte de perspectiva cartesiana, se corre el riesgo de quedar desvinculadas unas de otras o, al menos, de no lograr su integración en una red teórica lo suficientemente consolidada como para satisfacer las preguntas generales que puedan ser formuladas en el plano explicativo.

Por último, formular generalizaciones sobre hechos observables actuales y traspasarlos al pasado, implica como mínimo la aceptación de la analogía como nexo posible entre fenómenos que puedan ser discontinuos e inconexos temporalmente. Es posible que las tradiciones orales sean garantía de continuidad en ciertas prácticas culturales, pero al prescindir de la dialéctica que impera en la dinámica de cualquier proceso y en los emergentes que éstos aportan al mismo, se termina por incurrir en una universalidad que es —al menos— no deseada y que incluso resulta como mínimo cuestionable debido a la inconmensurabilidad de los contextos diacrónicos. Sin embargo, tal como sugiere Politis (2002: 63) la analogía no debería radicar en el grado de semejanza entre la fuente de información (la sociedad presente) y el objeto de conocimiento (la sociedad percibida a través del registro arqueológico), sino en la estructura lógica de la argumentación y en las similitudes que puedan establecerse entre los términos de esa relación.

Aun así, la novedad en Binford consistió en haber desarrollado una visión actualística que permitió abordar el pasado sobre la base del conocimiento presente y no en transitar nuevamente el camino entre generalización y empiria que fue reformulado constantemente desde otras tendencias epistemológicas. Se transmuta aquí la idea —indefectiblemente aceptada— de que es imprescindible conocer el pasado para entender el presente, por aquella que sostiene que el conocimiento del presente es quien nos ha de permitir una adecuada comprensión del pasado.

La revolución metodológica que termina por configurar la llamada “nueva arqueología”, si bien estuvo relegada a la periferia del campo en un principio, tanteando incluso los límites del mismo con propuestas provenientes de otros campos disciplinares cercanos, fue rápidamente catapultada a un lugar central. Desplazó y logró excluir a otras posiciones consideradas como “antiguas” o desactualizadas, y ocupa un lugar hegemónico respecto de la estructura del campo de la arqueología | antropología y se convirtió en un conocimiento de tipo paradigmático que por su carácter nordocéntrico terminó imponiéndose como civilizatorio (Lander, 2000) respecto de lo metodológico y lo epistémico.

EN SÍNTESIS

La historia de la arqueología, tal como ha ocurrido en otros campos disciplinares, ha estado influenciada por el desarrollo de una metodología propia que se ha nutrido de las lógicas de campos cercanos, en tanto la aplicación de las teorías de rango medio —a pesar de sus limitaciones— representó una revolución dentro del mismo, conformando un nuevo modo de abordar la práctica. A pesar de ello, las preguntas siguen complejizando los modos de concebir la producción de conocimientos tanto en el

plano teórico como metodológico, no sin que esto suscite nuevos debates y perspectivas de abordaje.

Autores como Lucena Martín (2002) sostienen que los aportes de la disciplina deben restringirse a lo estrictamente descriptivo, mientras que Álvarez Vidaurre (2007) plantea la importancia de la hermenéutica como método y fin, donde debe entenderse la cultura material como un “texto” que debe ser leído por el arqueólogo. Otras posiciones sostienen que la evidencia material constituye una condición, al menos necesaria para acceder al conocimiento de las sociedades pretéritas y que incluso algunas herramientas de las ciencias naturales pueden (y deben) ser incorporadas a la resolución de las preguntas de investigación, a fin de aportar rigor a la evidencia, y celebrar los aportes de la etnografía como un puente de acceso interpretativo|explicativo desde una visión actualística.

Esta diversidad de posturas respecto de un mismo problema de conocimiento contribuyen a desestimar la idea de la existencia de una ciencia objetiva y neutral, ya que ni la interpretación inductiva de la evidencia material, ni la formulación de hipótesis previas y el diseño de experiencias para verificarlas, así como la visión actualística que aportan las teorías de rango medio a los problemas del pasado, pueden plantearse al margen de la subjetividad de los investigadores, de las tradiciones disciplinares, de los marcos teóricos y los supuestos aprehendidos, y tampoco de los contextos socio-políticos en los que se explicita y se construye el conocimiento científico.

Estas relaciones terminan por formatear una estructura de constructos que delimitan tendencias o escuelas de pensamiento desde cuyo marco es entonces posible dar sentido a la evidencia. Bajo este posicionamiento constructivista —que no pretende obviar tensiones implícitas— pero que agradece la construcción colectiva del conocimiento, es posible reconocer una suerte de ecología de conceptos que dan cuenta, no sólo de la dinámica de la ciencia, sino de su provisionalidad y de las tensiones que subyacen en la conformación de los campos disciplinares, tanto en su estructura como en su dinámica, y de los cuales la arqueología no es una excepción.

- 1 La distinción en edades corresponde al trabajo del conservador del Museo Nacional de Dinamarca (Christian Thomsen) quien en 1816 ordena las colecciones depositadas en la institución a partir de la materia prima con los objetos que habían sido confeccionados, imprimiéndoles a la evidencia una sucesión cronológica asociada al desarrollo cultural.
- 2 Lewis Morgan, uno de los fundadores de la antropología moderna, en su obra *La sociedad primitiva* (1877), distingue tres estados de evolución de la humanidad: *salvajismo*, *barbarie* y *civilización*, reconociendo el salvajismo inferior (relacionado con la recolección), el salvajismo medio (asociado a la pesca y el lenguaje), el salvajismo alto (marcado por el uso del arco y la flecha); la barbarie baja (signada por la aparición de la cerámica), la barbarie media (donde prima la domesticación de animales y plantas en Europa y América), la barbarie alta (relacionada con la confección de armas y herramientas metálicas) y la civilización, relacionada con el invento del alfabeto fonético y el uso de la escritura. El trabajo enfatiza en algunos conceptos clave sobre la estructura social, los derechos, las obligaciones, las lealtades y los sentimientos.
- 3 Las “piedras del rayo” eran llamadas así por atribuirles su origen a la acción de los rayos al caer a la tierra o a la evidencia de la intromisión de una mano divina. Fueron halladas y descritas en una época donde el uso del metal era la tecnología dominante y se tenía poco conocimiento sobre la antigüedad prehistórica. Bajo este paradigma era difícil de concebir a estas piedras como herramientas o artefactos elaboradas por el hombre. En diferentes culturas se les ha atribuido interpretaciones místicas o supersticiosas.
- 4 En 1650 el obispo irlandés James Ussher (arzobispo de Armagh) escribió en el libro *Los Anales del Mundo*, que constituye una estimación del número de generaciones existentes entre las figuras bíblicas de Adán y Eva como origen de la humanidad y el nacimiento de Jesucristo. Bajo esta premisa, establece la fecha de la creación en el anochecer del sábado 22 de octubre del año 4004 AC.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Vidaurre, E. (2007), "Interpretación en arqueología. Teorías del conocimiento", *Cuadernos de Arqueología*, 15: 9-30. <https://bit.ly/2A8XvHO>
- Belmar, C. A., Quiroz, L. D., Carrasco, C., & Pavlovic, D. (2020), "Ofrendas para los difuntos: Rescatando los ritos culinarios desde el interior de los ceramios de Quilicura 1, un sitio del periodo Tardío de Chile central", *Latin American Antiquity*, 31(1): 40-60. <https://bit.ly/3eWPIFj>
- Binford, L. (1962), "Archaeology as Anthropology", *American Antiquity*, 28(2): 217- 225. <https://doi.org/10.2307/278380>
- Binford, L. (1977), *For Theory Building in Archaeology*. New York: Academic Press.
- Binford, L. (1988), *En busca del pasado* (2da ed.), Barcelona: Ed. Crítica.
- Bonomo, M., Prates, L., Madrid, P., Di Padro, V., León, C., Angrizani, R., Pedersoli, C., & Bagaloni, V. N. (2010), "Arqueología: conocer el pasado a través de los objetos", *Rev. Museo de La Plata*, 3(24): 16-28. <https://bit.ly/2XCq6OH>
- Borrazo, K (2011), "Tafonomía lítica en la estepa patagónica: experimentación y registro arqueológico de superficie", en: Borredo, L. & Borrazo, K. (Comps.) *Bosques, Montañas y Cazadores, Investigaciones Arqueológicas en Patagonia Meridional*. (pp. 127-153), Buenos Aires: Ed. Dunken. <https://bit.ly/3dRnHFi>
- Bourdieu, P. (1976), "Le champ scientifique", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1-2: 88-104. <https://bit.ly/3gZX9DW>
- Bourdieu, P. (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Carbonelli, J. P. (2011), "La interpretación en Arqueología, pasos hacia la hermenéutica del registro", *Prometeica*, año II (5): 5-17. <https://doi.org/10.24316/prometeica.v0i5.39>
- Cartajena, I. P., López, P., Carabias, D., Morales, C., & Vargas, G. (2011), "Arqueología subacuática y tafonomía: recientes avances en el estudio de sitios finipleistocénicos sumergidos en la costa pacífica de Chile central", *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (13): 201-225. <https://doi.org/10.7440/antipoda13.2011.10>
- Caruso Fermé, L., Álvarez, M., & Vázquez, M. (2011), "Análisis arqueobotánico de piezas de madera del extremo austral americano", *Magallania*, 39(1): 221-240. <https://bit.ly/2UhbzG8>
- Civalero, M.T. (2004), "De roca están hechos: introducción al análisis lítico", en: Pérez de Micou, C. (Ed), *El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en arqueología* (pp. 35-66), Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Colobig, M., Zucol, A., Brea, M., Franco, M. J., Passeggi, E., Cocco, G., & Sánchez-Pinto, I. (2017), "Restos arqueobotánicos del sitio arqueológico Fuerte Sancti Spiritus, Santa Fe, Argentina", *Comechingonia, Revista de Arqueología*, 21(2): 275-304. <https://bit.ly/3eWQdFL>
- Darwin, C. (1871), *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*. Princeton: Princeton UP.
- De la Canal, R. (2018), "La Geografía y la Antropología: vinculaciones en sus recorridos históricos", *Huellas*, 22(2): 99-105. <https://bit.ly/2Ue8l68>
- Dunnell, R.C. (1980), "Evolutionary Theory and Archaeology", *Advances in Archaeological Method and Theory*, 3, 35-99. <https://bit.ly/2zfnWQ>
- Farto, P. (2019), "Ofidios terrenales y sobrenaturales, símbolos de poder de los ajawtaak de Kaan", *Arqueología*, 25(2): 195-211. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t25.n2.6867>
- Flores, C. Y. (2007), "La antropología visual: ¿distancia o cercanía con el sujeto

- antropológico?" *Nueva antropología*, 20(67): 65-87. <https://bit.ly/3clffHoO>
- Frazer, J. G. (1981), *La rama dorada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García Rivero, D. (2012), "Arqueología evolutiva y filogenética cultural", *Complutum*, 23(2): 69-92. <https://bit.ly/3dFvar9>
- Giovannetti, M., Capparelli, A., & Pochettino, M. L. (2008), "La Arqueobotánica en Sudamérica. ¿Hacia un equilibrio de enfoques? Discusión en torno a las categorías clasificatorias y la práctica arqueobotánica y paleoetnobotánica", en: Archila, S., Giovannetti, M., & Lema, V. (Eds.) *Arqueobotánica y Teoría Arqueológica: Discusiones desde Suramérica*. (pp. 17-33), Bogotá: Uniandes. <https://bit.ly/2AGgadX>
- Gómez Pellón, E. (2012), "Las premisas epistemológicas y la antropología social", *Gazeta de Antropología*, 28(1): 1-17.
- Hempell, C. (1935), "On the Logical Positivists' theory of truth", *Analysis*, 2(4): 49-59. <https://bit.ly/3dHm7FZ>
- Gonzalo, A. H. (1992), "Enfoques teóricos en arqueología", *SPAL*, 1, 11-35. <https://bit.ly/2UkjemS>
- Hodder, I. (1994), *Interpretación en arqueología. Corrientes Actuales*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Hodgson, K. G. (2019), "Un acercamiento al arte rupestre en cuatro municipios de la RACCN, Nicaragua", *Revista Torreón Universitario*, 8(21): 25-44. <https://bit.ly/2Ue91Ze>
- Hoyas, C., Juan, J., Palet, A., & Villate, E. (1990), "Análisis de fitolitos en ópalo y pseudomorfos de oxalato de calcio en calcita como indicadores arqueobotánicos", *Cuaternario y Geomorfología*, 4(1-4): 147-154.
- Iriarte, M.J., & Zapata, L. (2004), "La adopción de la economía de producción: la aportación de la arqueobotánica", *Kobie (Serie Anejos)*, 6: 203-216. <https://bit.ly/2Y6X6h3>
- Kreimer, P., & Thomas, H. (2000), "Aspectos sociales de la ciencia y la tecnología", *Carpeta de Trabajo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Lander, E. (2000), "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos", Buenos Aires: CLACSO. <https://bit.ly/376oznb>
- Lorenzano, P., & de Abreu, C. (2010), "Las teorías de alcance intermedio de Robert K. Merton y las concepciones clásica y estructuralista de las teorías", en: Martins, A. et al, (Eds), *Filosofía e historia da ciencia no Cone Sul. Selecao de trabalhos do 6º Encontro*, pp. 482-492.
- Lucena Martín, A. M. (2002), "De lo General y lo particular en arqueología", *ArqueoWeb*, 4(3): 1-16.
- Lull, V., & Mico, R. (1998), "Teoría arqueológica II. La arqueología procesual", *Revista d' arqueologia de Ponent*, (8): 61-78. <https://bit.ly/30efYgC>
- Lyman, R. L. (1994), *Vertebrate Taphonomy. Cambridge Manuals in Archaeology*. Cambridge: University Press.
- Malinowski, B., & Pérez Ramos, A. (1985), *Magia, ciencia, religión*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Marchionni, L., Mange, E., & García Añino, E. (2019), "Aportes y Discusiones en Zooarqueología desde el Museo de La Plata. *Comechingonia*", *Revista de Arqueología*, 23(2): 5-10. <https://bit.ly/2XILqSR>
- Martínez López, J. G., Antúnez, C. A., Suárez, R. R., & Díaz-Franco, S. (2009), "Aproximación tafonómica en los depósitos humanos del sitio arqueológico Caní mar Abajo, Matanzas, Cuba", *Arqueología Iberoamericana*, 4: 5-21. <https://bit.ly/3h1e4WU>
- Mengoni Goñalons, G. L. (1999), *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Sociedad Argentina de Antropología, Colección Tesis Doctorales. Buenos Aires.

- Mengoni, Goñalons, G. (2009), "Zooarqueología en la práctica: algunos temas metodológicos", *Xama*, 19-23: 83-113. <https://bit.ly/379L4Y8>
- Merton R. K. (1968), *Social Theory and Social Structure*. New York: Free Press.
- Millán, S. (2015), "La alteridad permanente: Comovisiones indígenas teorías antropológicas", *Scripta Ethnologica*, 37: 82-100. <https://bit.ly/2Uj6XiH>
- Moralejo, R. (2018), "Un modo de pensar los caminos", *Cuadernos del Inst. Nac. de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Series Especiales*, 6(1): 21-36. <https://bit.ly/3h43FcG>
- Montón, S., & Abejez, L. (2015), "¿Qué es esa cosa llamada arqueología histórica?" *Complutum*, 26(1): 11-35. <https://bit.ly/2MA1Mqv>
- Morales Múñiz, A. (1988), "Identificación e identificabilidad: cuestiones básicas de metodología zooarqueológica", *Espacio Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 1: 455-470. <https://bit.ly/3f0JXNw>
- Morgan, L. (1946), *La sociedad primitiva*. Buenos Aires: Lautaro.
- Mortillet, G. (1883), *Le préhistorique. Antiquité de l'homme*. París: C. Reinwald.
- Naranjo, J. (1998), "Fotografía y antropología: los inicios de una relación fructífera" *Disparidades. Revista de Antropología*, 53(2): 9-22. <https://doi.org/10.3989/rdtp.1998.v53.i2.386>
- Pereira, L. (2014), "Arqueologia antropologia ou história? Origens e tendências de um debate epistemológico", *Tessituras: Revista de Antropologia e Arqueologia*, 2(1): 10-39. <https://bit.ly/3h43QVo>
- Pérez, A., Smith, M., & Grillo, E. (2008), "Implicancias tafonómicas de la composición faunística de la localidad arqueológica Meliquina, Parque Nacional Lanín, Pcia. de Neuquen, Argentina", *Runa: Archivo para las ciencias del hombre*, 29(1): 79-100. <https://bit.ly/3h4qQDN>
- Politis, G. (2002), "Acerca de la etnoarqueología en América del Sur". *Horizontes antropológicos*, 8 (18): 61-91. <https://doi.org/10.1590/S0104-71832002000200003>
- Politis, G. (2003), "The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America", *American Antiquity*, 68(2): 245-272. <https://doi.org/10.2307/3557591>
- Politis, G. (2015), "Reflections on contemporary ethnoarchaeology". *Pyrenae*, 46(1): 41-83. <https://bit.ly/3dITsRc>
- Polo, F. C. (2010), "El concepto de Prehistoria Paleolítica a lo largo de la investigación", *Ab Initio*, 1(1): 8-21.
- Pöpper, K.R. (1963), *Conjeturas y Refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós.
- Prates, L., Prevosti, F., & Berón, M. (2010), "First Records of Prehispanic Dogs in Southern South America (Pampa-Patagonia, Argentina)", *Current Anthropology*, 51(2): 273-280. <https://bit.ly/30h5sVW>
- Raab, L.M., & Goodyear A. C. (1984), "Middle-range theory in archaeology: a critical review of origins and applications", *American Antiquity*, 49(2): 255-268. <https://doi.org/10.2307/280018>
- Renfrew, C. & P. Bahn (1993), *Arqueología: Teoría, métodos y práctica*. Madrid: Ed. Akal.
- Ribeiro, T. (2019), "Integrar a história da ciência na sala de aula através de um caso: o papel de Lyell no desenvolvimento dos trabalhos de Darwin", *História da Ciência e Ensino: construindo interfaces*, 20: 52-62. <https://bit.ly/3gZVuhG>
- Saavedra, J. (2007), "Las ideas sobre el hombre en la Grecia antigua", *Revista Facultad de Ciencias Económicas*, 15(2): 213-234. <https://bit.ly/3dK7YrK>
- Salazar, J. (2008), "Aportes de Gordon R. Willey a la comprensión histórica de la arqueología americana", *Comechingonia Virtual*, 4: 245-254. <https://bit.ly/3h3izAf>

- Scheinsohn, V. (2001), "El evolucionismo en arqueología", en: Scheinsohn V. (Ed.) *La Evolución y las Ciencias*, pp. 87-105, BsAs: Emecé.
- Scheinsohn, V. (2011), "Adeptos a la Adaptación. Tres propuestas clásicas para la arqueología y una evaluación", *Antípoda. Rev. de Antropología y Arqueología*, 13: 55-73. <https://bit.ly/3gZ6ZpD>
- Schiffer, M.S. (1976), *Behavioural Archaeology*. New York: Academic Press.
- Schiffer, M.S. (1987), *Formation Processes of the archaeological Record*. Albuquerque: University of New México Press.
- Schiffer, M.B. (1988), "The structure of archaeological theory", *American Antiquity* 53(3), 461-485. <https://doi.org/10.2307/281212>
- Yacobaccio, H. D., Samec, C. T., & Catá, M. P. (2010), "Isótopos estables y zooarqueología de camélidos en contextos pastoriles de la puna (Jujuy, Argentina)", *Zooarqueología a principios del siglo 21*: 77-86. <https://bit.ly/2XFav7f>
- Vila, A., Toselli, A., Briz, I. y Zurro, D. (2006), "Trasvase acríptico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica", *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*, 6: 337-348.
- Zaburlín, M. A. (2016), "Vasijas zoomorfas prehispanicas de la puna de Jujuy (Argentina): una propuesta de análisis semiótico", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 21(2): 137-152.
- Zavaro, C. (2018), "¿Saber sobre la naturaleza o naturaleza del saber? La ciencia y la filosofía como lecura de la realidad," *Ludus Vitalis*, 26(50): 275-278.